

escribiendo... Begoña Oro

1

CROQUETAS Y WASAPS



www.literaturasm.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Paloma Muiña y Berta Márquez
Diseño y coordinación gráfica: Lara Peces
Ilustraciones de interior: Ricardo Cavolo

© Begoña Oro Pradera, 2013
© Ediciones SM, 2013
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

*Esta novela es para Lucas,
Jorge, Olivia e incluso Martín, de Yarza.
La croqueta es para Ignacio.*

¿Te has preguntado alguna vez qué quedará de ti cuando ya no estés?

Cuando murió, el padre de Unai dejó una consulta vacía con su nombre en la puerta, dos niños que ya no serían futbolistas y un misterio por resolver.

Cuando murió mi abuela, dejó un cuadro de unos pájaros a medio pintar, tres personas tristes y trece croquetas congeladas.

De lo del cuadro nos dimos cuenta enseguida. Llegamos del tanatorio y ahí estaba, sobre la mesa: el dibujo con los bordes de terciopelo negro que estaba coloreando. Encima, la caja de rotuladores. Fuera de la caja, un rotulador, el verde oscuro, destapado. Recuerdo que mi madre se acercó a la mesa, cogió el capuchón con una mano, el rotulador con la otra y lo tapó. El «clap» resonó en la habitación como la tapa de un ataúd que se cierra para siempre. Luego, el abuelo le quitó a mi madre el rotulador de las manos, lo colocó con mucho cuidado en el hueco de la caja que le correspondía, recogió la lámina, se la puso bajo el brazo y decidió que, desde ese momento, ese sería su nuevo hogar. Y mi abuelo empezó a pasearse por la vida con un dibujo a medio acabar como si fuera un termómetro.

Lo de las croquetas tardamos un tiempo en descubrirlo, y lo de la tristeza... Bueno, la tristeza fue posándose poco a poco, como una lluvia fina de esas que te van calando. Porque hay cosas de las que uno no se da cuenta hasta que pasa un tiempo. Son como esos mensajes que te llegan al wasap, y tú no te enteras, y se quedan ahí, esperando a ser leídos, con un mustio y solitario *check* verde. Hasta que te das cuenta.

Así estuve yo durante bastante tiempo, sin darme cuenta de que tenía un mensaje bien gordo delante, y el mensaje decía: «Clara, estás haciendo el imbécil».

Por eso escribo esta historia. Te cuento todo esto por si eres tan imbécil como lo fui yo. Por si te estás quedando al borde de la piscina cuando podrías tirarte de cabeza, cuando, de hecho, todo tu cuerpo te grita que te tires; pero tú, en vez de extender los brazos sobre la cabeza, te quedas a mitad de camino y te tapas las orejas con las manos.

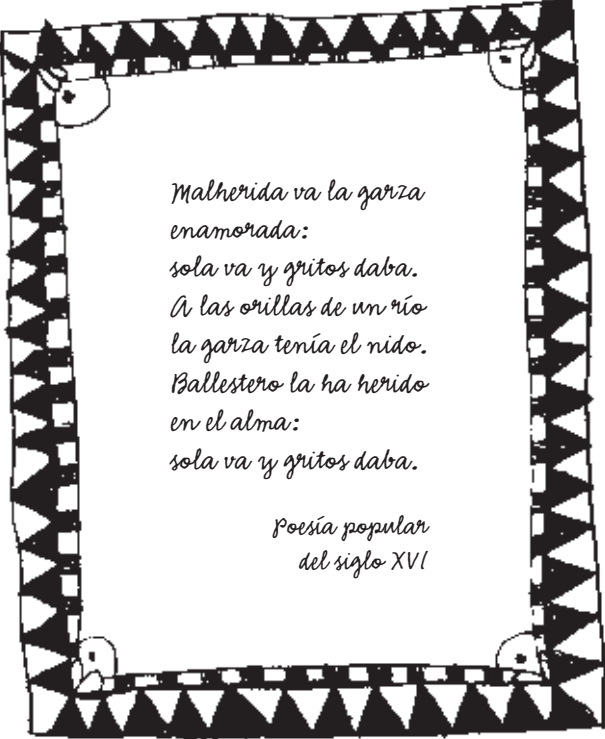
Si no es así, te felicito. En ese caso, tómate esto como una vacuna. Nunca se sabe si la vas a necesitar.

Pero deja que te lo cuente desde el principio. Deja que te presente a la imbécil que fui yo y a un chico llamado Lucas...

Érase una vez...

1

Malherida



Malherida va la garza
enamorada:
sola va y gritos daba.
A las orillas de un río
la garza tenía el nido.
Ballestero la ha herido
en el alma:
sola va y gritos daba.

Poesía popular
del siglo XVI

1. ~~IMBÉCIL~~ GUAPO

Al principio de esta historia hay una chica (yo) llamada Clara Luján Garza y un chico llamado Lucas Falcón. Al principio de esta historia, Clara es imbécil. Lucas...

Lucas se ha quedado justo detrás de la palabra «imbécil», pero Lucas no es imbécil. Lucas es... No, no, no. Intento describirlo y en mi cabeza aparece su cara y veo a cámara lenta cómo estira la comisura de los labios y ya está a punto de hacerlo otra vez y...

Lo hizo. Sonrió.

Lucas tiene una sonrisa desarmante.

Y algo más tendrá, sí. Pero cuando sonrío, eso es lo único que puedes ver: su sonrisa. NADA MÁS. Porque la sonrisa de Lucas es como una bomba, un arma defensiva que tiene un efecto inmediato: desarmar al enemigo.

Así que voy a neutralizar ahora mismo la imagen de Lucas en mi cabeza. Voy a teparle la boca con mi mano...

No, eso no es buena idea. Estoy sintiendo los labios de Lucas en la palma de mi mano, el calor de su aliento sobre el callo que me hizo la raqueta, la aspereza de esos tres pelos que le crecen en la mejilla, el aire que sale de su nariz sobre mi dedo índice, mi meñique rozando el hoyuelo de su barbilla, ese cálido aire otra vez... Así tampoco puedo concentrarme.

No, voy a ponerle una mascarilla en la boca. Ya.

Y voy a contarte cómo es.

Lucas tiene un pelo precioso, negro, brillante. Lucas tiene unos ojos... Lucas, no vale, otra vez estás sonriendo. Lo veo en tus ojos, en tus pómulos, aunque la mascarilla te tape la boca. Lucas también sonrío con los ojos, que son marrones tirando a verdes, o verdes tirando a marrones, según el día. Lucas tiene dos orejas...

Mira, te lo resumiré en tres palabras: Lucas es guapo. Y LO SABE. No hace falta escribirselo en verde fosforito en una pared.

Lo que no sabe Lucas es estarse quieto. Cuando no mueve el pie frenéticamente, dibuja garabatos en un papel, y cuando no dibuja garabatos en un papel, hace malabarismos con el boli sobre los nudillos. Lucas practica todos los deportes olímpicos y alguno que aún no han admitido en las olimpiadas. Lucas es un chico de acción.

Es difícil decir cómo es Lucas porque parece un poco enigmático. A Lucas a menudo hay que adivinarlo. Eso es algo que me atrajo a él sin remedio. Cuando se me presenta una adivinanza, tengo que resolverla. No puedo con los cabos sueltos.

Pero así, como un cabo suelto, había quedado la última frase que me había dicho Lucas: «No estoy preparado para... para... para...».

¿Para qué no estás preparado, Lucas? ¿Para quererme?

Se ve que quererme a mí requiere preparación. Pero querer a Lucas es diferente.

Querer a Lucas es fácil. Lucas es guapo y tiene una sonrisa desarmante. Lucas es como un paquete de chicles en la caja de un hipermercado.

Lo ves y lo quieres. Así, sin preparación.

2. PINTURAS DE GUERRA

Lo recordaré siempre. Descubrí que Lucas no estaba preparado para... para... para... el día que estrené pintalabios.

Habíamos quedado en el parque que hay delante de su casa. Yo estrenaba el gloss y Lucas estrenaba la pulsera de cuero que yo le había regalado el día anterior.

Estábamos los dos solos, en un banco que hay frente a los aparatos de ejercicio para abuelos.

«ACCIÓN», ponía en verde en uno de los bancos.

–Justo, de ese color –le dije a Lucas señalándole la pintada.

–De ese color, ¿qué?

–De ese verde fosforito son las pinturas que ha encontrado mi madre en casa. Un arsenal. Un montón de rotuladores y varios espráis de pintura como los que usan los grafiteros. ¡La bronca que me ha caído...! Mi madre está convencida de que son míos.

–Normal –dijo Lucas–. ¿De quién van a ser si no?

La pregunta de Lucas tenía la clásica aplastancia de un elefante con túnica griega. Porque en mi casa vivimos solo mi madre y yo.

Pero esas pinturas no eran mías. Yo, la única pintura que me había comprado era el gloss que estrenaba. Cuando me lo puse, antes de salir de casa, al sentirlo tan pegajoso sobre los labios, me acordé de mi abuela y de su Pegatón, unas pegatinas atrapamoscas que ponía en el pueblo. Se supone que en las pegatinas había no sé qué cosa que las atraía. Las moscas iban hacia la pegatina y, zas, se quedaban allí, pegadas para siempre. Fue acordarme del Pegatón e imaginarme a Lucas pegado a mí, Lucas mío para siempre, y ante el espejo se me puso sonrisa de araña.

Qué ilusa.

Más me habría valido pintarme los labios con Pegatón.

3. GLOSS

En el parque, el viento nos despeinaba y juntaba mis mechas de pelo con las de Lucas mientras yo le contaba la última versión de la muerte del padre de Unai. Esta vez, según Unai, lo que había sucedido es que a su padre le había dado un ataque de risa mientras veía una película y el ataque de risa acabó en ataque al corazón. Se notaba que Unai estaba de buen humor últimamente.

–¿Sabes que es verdad? –le dije a Lucas mientras me retiraba un mechón de pelo que se había pegado a mi brillo de labios.

–¿El qué?

Que el padre de Unai estaba muerto ya sabíamos que era verdad.

–Que hubo un hombre que se murió de un ataque de risa viendo una peli –le respondí.

Lucas no dijo nada, pero yo casi podía oír las ruedecitas y los engranajes girando en su cerebro, pensando en otra cosa. Lo malo es que no tenía ni idea de en qué pensaba. Y lo peor es que estaba claro que no pensaba en mí. Incliné la cabeza sobre su hombro, pero no pareció darse cuenta. Me puse a dar vueltas a la pulsera en su muñeca. Se oyó un ladrido.

–¿Me has oído? –le pregunté.

–Eh... sí, sí –respondió como ido.

–Era un otorrinolaringólogo de Dinamarca, el hombre que murió de risa.

Pena que no estuviera mi madre para oírme, con lo que le gustan las palabras largas. Un o-to-rrí-no-la-rin-gó-lo-go de Di-na-mar-ca sería un novio perfecto para ella.

–Estaba viendo *Un pez llamado Wanda* –seguí–. ¿La has visto?

Pero Lucas no me respondió. Desde que había nombrado a Unai, él se había trasladado a otra galaxia. Nada que tenga que ver con Unai parece interesarle mínimamente. Lucas y Unai llevan practicando el deporte del desprecio desde niños.

–Me gustaría verla –dije intentando centrar la conversación en otra cosa.

–¿El qué?

–Me gustaría ver una película que es capaz de matar de risa a alguien –seguí con mi monólogo–. Pero lo que de verdad me gustaría es... –dije levantando los ojos hacia él.

En ese momento, en las películas, el chico deja de mirar al horizonte y las ruedecitas de su cerebro dejan de pensar en su moto o en lo que sea, y el chico se vuelve hacia la chica y la mira a los ojos y suena una música que te convierte el corazón en una esponja y del sol sale un rayo solo para los dos y la frase queda interrumpida para siempre por un beso. Pero aquello no era una película, y Lucas no se volvió hacia mí, y el viento seguía cortándome la cara y llevándome mechones de pelo a la boca, y había un perro histérico ladrando a otro perro en el parque, y a mí estaba a punto de darme una tortícolis de tanto girar la cara hacia Lucas; así que tuve que acabar yo solita la frase:

–A mí lo que de verdad me gustaría es que un chico «llamado» Lucas Falcón me diera algo «llamado» beso.

Entonces me incorporé para mirarlo mejor y concentré toda mi fuerza mental en mi boca y en el nuevo gloss. Desde mi cerebro, como quien pulsa el interruptor de una lámpara, di la orden de encender esos brillos, y ya me imaginaba que mi boca era como una guirnalda navideña de esas que se encienden y se apagan, se encienden y se apagan..., un neón irresistible donde pone: **bésame** <y se apaga> **bésame** <y se apaga> **bésame**...

Pero un chico llamado Lucas debía de estar con la cabeza en un país llamado Dinamarca, porque no veía las luces ni el brillo de mi gloss ni mi cara de perrillo esperando una caricia. Así que fui yo la que tuve que acercar mi cara a la suya.

Y cuando lo hice, cuando puse a prueba el poder adhesivo de mi gloss pegando mis labios a los labios de Lucas, a él le dio por hablar.

–No ee e...

Unos segundos después, cuando Lucas venció el poder adhesivo de mi gloss Pegatón y despegó sus labios de mis labios de araña fracasada, lo que dijo fue exacta y claramente:

-Que esto no puede ser, Clara. No estoy preparado para... para... para... -así, tres veces: «para... para... para...», y al final-: No puede ser.

Lo que no puede ser es que un chico pretenda dejarte cuando has decidido que será el primer y el último chico al que beses, y cuando lleva los labios llenos de gloss, de TU gloss.

Yo me quedé mirando su boca llena de puntitos brillantes, como de purpurina.

Tenía que parecer ridículo. Tenía que ser como para que te diera un ataque mortal de risa. Pero era Lucas Falcón y..

No, no, no.

Estaba a punto de hacerlo.

Primero esa chispa en los ojos. Luego, ese leve temblor en los labios, y al final...

Lo hizo.

Explotó.

Esa bomba, esa arma de destrucción masiva: la SONRISA en su cara.

Y yo cerré los ojos, como el 85% de las veces que le veo sonreír.

Ahí estaba. Don Sonrisa Desarmante con sus labios ridículamente llenos de gloss, de MI gloss, pidiéndome que le dejara en paz. Justo eso. Pidiéndome lo único que no podía darle: mi INDIFERENCIA.

4. ALBÓNDIGA DE PAPEL

Cuando llegué a casa y me escabullí a mi habitación para que mi madre no viera mi cara embadurnada de lágrimas y rímel, lo primero que vi fue nuestro dibujo.

Me lo había regalado Zaera tres días antes. Nos había dibujado a Lucas y a mí juntos, rodeados de corazones, pero no los típicos corazones cursis sino los corazones que hace Zaera, que son corazones en llamas, corazones de los que se tatuaría un marinero barbudo, corazones que parecen granadas de mano. Zaera va a mi misma clase, vive en mi misma urbanización y quiere a mi misma amiga, Pinilla. Zaera dibuja tan bien que no le hace falta hablar. Zaera no tiene lengua: tiene rotuladores.

En cuanto Zaera se enteró de que salíamos juntos, me regaló ese dibujo. Fue el mejor regalo que me habían hecho nunca. Era tan bonito que quise ponerlo en el salón. Pero mi madre se negó en redondo. En el salón de mi casa, y en el pasillo, y hasta en el cuarto de baño, no entra otra cosa que no sean los cuadros de Masoliver. Al parecer, Masoliver es un pintor buenísimo, o eso dicen. Yo lo único que te puedo asegurar es que es un paciente habitual de mi madre y un desastroso ahorrador, porque nunca tiene dinero y acaba pagando en cuadros.

A falta de un sitio más honorífico, colgué el dibujo de Zaera en mi cuarto, encima de mi mesa. Y de ahí lo saqué de un manotazo en cuanto llegué a casa tras aquel «no puede ser». Un trozo de celo quedó pegado a la pared.

Arrugué el dibujo, furiosa, hasta hacer una bola, y no contenta con eso, seguí estrujándolo como si me fuera la vida en reducir esa albóndiga de papel al tamaño de un guisante. Luego lo lancé a la papelerera.

Ni siquiera acerté.

Doy pena.



Me quedé mirando la pelota compacta sobre la alfombra verde.

Suspiré. Me levanté. La recogí. La volví a extender con cuidado sobre la mesa y pasé la mano varias veces por encima para desarrugarla. Era inútil. Daba igual que pusiera aquel papel debajo del quinto libro de Harry Potter o bajo toda la saga. Jamás volvería a su ser. Hay marcas que se hacen de una vez para siempre. Y las arrugas de ese papel, las arrugas de mi rabia y mi pena, las arrugas de toda una vida deseando que alguien te quiera para que luego solo te quiera tres días no las habrían podido eliminar ni cien chutes de bótox ni una apisonadora de autopistas.

«No hay maravilla que dure tres días», dice mi abuelo. Siempre me había parecido una bobada de frase. Hasta ese momento.

Volví a estrujar el dibujo y lo tiré de nuevo. Esta vez encesté.

Que supiera tirar un papel a la papelera no significa que supiera reciclar. Para eso aún tardaría un tiempo. De momento no podía hacer otra cosa que sentirme un desecho, enlodazarme en la tristeza como un cerdo en el barro, mecerme con canciones que hacen llorar y exprimirme los lacrimales hasta dejarlos secos. El duelo lleva su tiempo. Que se lo digan a Unai, que lleva años en ello.

5. GARZÓN

Unai va a mi colegio desde pequeño, como Lucas, Pinilla, Magda o Natalia. Pero Unai es distinto. Él no me llama Luján. Tampoco me llama Clara. Me llama Garza.

Garza es mi segundo apellido, y el cuarto apellido de Unai es Garzón. Desde que lo descubrió de pequeño, en esa época en la que uno juega a soltar su nombre acompañado de una ristra de apellidos, nuestro saludo ha sido:

-Hola, Garza.

-Hola, Garzón.

Unai honra su apellido. Unai es bastante **-ón**. Es el doble que yo. Es inmenso. Grande, gordo y peludo. Unai es amigo nuestro, sobre todo desde este curso. Antes iba con Álex, pero Álex se cambió de colegio y este curso lo ha adoptado Marcos.

Sí, Unai va con nosotros aunque, ya lo he dicho, él es distinto. Es la nota de color de nuestro grupo. De color negro. Porque siempre viste de negro. No es que sea gótico ni nada de eso. Tiene sus motivos para ir de negro.

Aunque Unai va de negro, tiene las cosas muy claras, al menos respecto a mí y a Lucas. Pero se equivoca. Se equivoca porque no es neutral. Unai arrastra una antigua batalla con Lucas. No sé cuál fue el detonante, ni creo que lo sepan ellos mismos. Solo sé que no se pueden ni ver. Mi amiga Pinilla tiene una teoría sobre esto. En realidad, Pinilla tiene una teoría casi para cualquier cosa, *mariteorías* las llama (es que Pinilla se llama María), y las escribe en un blog que se llama *pinillismos*. La mariteoría que explica por qué Unai no traga a Lucas se resume en una palabra: envidia. A mí me encaja porque ¿quién no envidiaría a Lucas?

Por eso no me extraña que días después, cuando conté a mis amigos lo que me había pasado con Lucas, todo eso del «no puede ser», y mi gloss en sus labios, y su sonrisa desarmante, y la forma

en que él se fue, como una adivinanza sin resolver, así sin más, y me dejó sorbiendo mocos y churreteándome la cara con ese mix de lágrimas y rímel, esa combinación negra y salada como chipirones en su tinta... Cuando les conté todo eso, a Unai no se le ocurrió otra cosa que soltar:

–Pasa de él, Garza. En una cosa tienes razón: Lucas sí es una adivinanza, oro parece, plata no es... Bien tonto es.

Y no contento con eso, añadió:

–Ese tío es más tonto que Abundio.

Me entraron ganas de mandarlo a la mierda (perdón).

«Ese tío» era Lucas. Y esa frase era de mi abuelo.

Y a mi abuelo no lo imita NADIE.

6. MÁS ANTIGUAS BATALLAS

«¡Jodó, este tío es más tonto que Abundio!».

Se lo habíamos oído decir a mi abuelo hacía unas semanas, nada más entrar por la puerta. Como para no oírlo. Mi abuelo no habla. Mi abuelo vocifera, y adereza casi todas las frases con un taco. De cada diez palabras que dice mi abuelo, una es un taco. Creo que por eso mismo, mi madre se ha esforzado en hacer que me sienta fatal cada vez que yo digo uno. En mi casa, los tacos son patrimonio exclusivo de mi abuelo. Nadie más puede decirlos. Por eso yo solo digo tacos cuando estoy muy, MUY enfadada. Y aun así, nada más decirlos me entra la imperiosa y ridícula necesidad de pedir perdón.

Aquel día, Unai y Magda habían pasado a buscarnos a Pinilla y a mí. Estábamos en mi casa y, nada más entrar, el abuelo los recibió con aquella frase.

–Papá, habla más bajo –le dijo mi madre, avergonzada.

Creo que he oído esta frase en boca de mi madre no menos de seis mil doscientas veces a lo largo de mi vida. Y eso que mi abuelo no vive con nosotras. Lo que pasa es que, desde que murió la abuela, pasa la mayor parte del tiempo en casa. Ya se ha hecho el dueño del sofá, la manta y el mando.

De hecho, ahí estaba, sentado en el sofá, con la manta, ante el televisor. Llevaba una camiseta donde ponía: «LIBERA TU UREA». Encima de la mesa estaba el cuadro a medio pintar de la abuela que mi abuelo paseaba como quien pasea un perro.

–Si es que es tonto, joder –insistió el abuelo señalando a un concursante de la tele.

–¡Papá, habla más bajo! –repetió mi madre–. ¡Y no vuelvas a dejar la luz de la cocina encendida!

El abuelo, sin apartar la vista de la televisión, donde salía el tío-más-tonto-que-Abundio, improvisó una nueva línea de defensa,

o de ataque; no sé. La batalla entre el abuelo y mamá es más antigua aún que la de Lucas y Unai, tan antigua que resulta imposible saber quién la empezó.

–¿Cómo quieres que hable más bajo? Y que las vacas píen, no te jode...

A Pinilla, Unai y Magda les hizo mucha gracia, pero a mi madre no. Mi madre no encuentra nada gracioso al abuelo. Eso la distingue del 98% de la población.

–Es mi tono de voz –insistió el abuelo.

–Habló el barítono dramático –dijo mi madre.

«Barítono dramático», eso dijo.

Mi abuelo la miró como un águila a punto de lanzarse en picado sobre un conejo.

Mi madre puede llegar a ser muy repipi. Eso no tendría mayor importancia si no fuera porque el abuelo se pone frenético cada vez que oye una palabra que tenga más de tres sílabas o menos de cien mil entradas en Google, y si es esdrújula, ya ni te digo. Por algún misterioso motivo, mamá, que lo sabe, a la menor ocasión suelta ante él su mejor repertorio de esdrújulas y pedanteces. Entonces el abuelo se altera y mamá se enfada porque el abuelo se enfada. Llevan practicando este deporte desde que tengo uso de razón. Y no parecen cansarse. A mí, sin embargo, me AGOTA verlo. Es como ir de público al *tour* y seguir a los ciclistas corriendo durante toda una etapa. El 55% de las veces pierde mamá, el 37% pierde el abuelo, el 8% hay empate; nunca gana nadie. Pero da igual quién pierda. Yo solo sé que cuando el abuelo y mamá llegan a la meta, cuando dan por acabada la discusión o deciden que ya seguirán más tarde, ellos están tan frescos, y yo, que los he seguido a pie, no puedo con mi alma.

Recé porque, al menos esta vez, la etapa del *tour* entre mi madre y mi abuelo fuera corta.

Y lo fue.

Mamá, previendo el peligro en la mirada del abuelo, decidió retirarse. Pero antes de abandonar el salón me amenazó:

–Y tú y yo ya hablaremos luego.

–¿De qué? –pregunté alucinada. ¿Qué había hecho yo, además de seguir su discusión una vez más, con la lengua fuera?

–Tú sabrás.

El abuelo se levantó del sofá victorioso, se puso la chaqueta, se colocó el cuadro a medio pintar de la abuela bajo el brazo, me miró y, antes de irse, me guiñó un ojo. Creo que quería decirme algo así como: «Estoy contigo. Salva la especie. Tú eres la última Garza del planeta».

Mi abuelo aún no se ha dado cuenta de que yo solo me parezco a las garzas en que tengo el cuello muy largo. Pero no me sirve de nada. Yo no sé gritar. Yo no sé graznar.

Ahora ni siquiera puedo decir «jo...». Solo puedo llorar porque Lucas me ha dejado. *Forever alone*.

7. PECES

Mi amiga Pinilla está enamorada. Locamente. Desde que sale con Zaera, apenas le queda espacio en su cabeza para pensar en otra cosa que no sea él. Guarda un hueco del tamaño justo para sacar unas notas relativamente buenas, y otro hueco, para mi gusto un poco pequeño, dedicado a mí. Vamos, que no me hace tanto caso como quisiera. Pero se lo perdono: es mi amiga.

Desde su estado de la-chica-más-enamorada-del-mundo es difícil que me consuele. Sin embargo, algo hace. O lo intenta.

Pinilla iba conmigo al colegio, luego se cambió, y ahora volvemos a ir juntas. Además, vivimos en la misma urbanización y ha habido épocas en las que me costaba distinguir cuál era mi casa y cuál era su casa.

El otro día Pinilla, en su cuarto, o en mi cuarto, ya no lo sé, me pasaba la mano por los hombros y me dejaba llorar, y yo me desahogaba:

-Y encima, ahora mi madre está histérica porque se cree que me dedico a hacer pintadas. No veas la bronca que me echó por lo de los espráis. ¡Pero si no tengo ni idea de dónde han salido! La última pintura que me compré fue...

Me acordé del gloss. Pero no fui capaz de hablar de ello. No importa. Con Pinilla puedes dejar las frases a medias. Ella escucha igual. Le pasa como a mí: a veces escucha hasta lo que no se dice. Creo que es un poder que tienen los mentalistas y los amigos.

Pinilla me escuchaba mientras me iba pasando la mano por el pelo. Hasta para eso tiene una mariteoría. Ella cree que cuando acariciamos a alguien la cabeza mientras llora es para acompañar a las lágrimas, para que no se sientan tan solas. Y la manera («¡la manera física!», dice María) de acompañar a las lágrimas es deslizar la mano desde la cabeza, a la altura de los ojos, hacia abajo, en la misma dirección. Y a esto se le llama consolar, que es estar menos solo en la pena.